

se sienta amenazado por la represión, el terrorismo, secuestros y la tortura. Cambios estructurales que aseguren una situación justa para las grandes mayorías. Que sea tenido en cuenta como persona responsable y como sujeto de la historia donde pueda participar libremente en las opciones políticas, sindicales y en la elección de sus gobernantes. Participar en la producción y compartir los avances de la ciencia y técnica moderna, lo mismo que tener acceso a la cultura y a un esparcimiento digno" (74).

En la misma línea se pide en otro lugar a la conciencia de los pueblos que "se fortalezca y se generalice el derecho de asilo... los países amplíen sus cuotas de recepción de refugiados y emigrantes... se ataque a la raíz del problema ocupacional con políticas específicas de tenencia de la tierra, de producción y de comercialización... se aliente la concurrencia fraterna de las naciones con ocasión de catástrofes... se posibilite la amnistía como signo de reconciliación para conseguir la paz..." (1052-8).

Pero todas estas soluciones aparecen como dadas desde fuera y todavía a este nivel no afectan al interior de la misma Iglesia. Por eso suenan más realistas y sinceros los textos en los que ésta asume su pasado de conflicto y persecución y renueva su compromiso de participar activamente en la construcción de unas estructuras de justicia.

Consciente de que en numerosas coasiones ella constituye el único "espacio de libertad para poder expresarse sin manipulaciones y poder protestar social y políticamente" (942) acepta su función de "ser voz de los que no tienen voz" (1028). Esto exige una labor de "docencia, denuncia y servicio" (1028). La denuncia deberá ser "objetiva, valiente y evangélica" (1029).

Con esta actitud se intenta ser fiel a un camino. El camino de Jesús de Nazareth que comparte "la vida, las esperanzas y las angustias de su pueblo" (98). El camino de los "intrépidos luchadores por la justicia, evangelizadores de la paz... que defendieron a los indios ante encomendados y conquistadores, incluso hasta la muerte"(2). El camino de quienes en estos últimos diez años han llegado "a soportar la persecución y, a veces, la muerte, en testimonio de su misión profética" (51).

Esta postura obliga a asumir el conflicto. "La misma acción tan positiva de la Iglesia en defensa de los derechos humanos y su comportamiento con los pobres ha llevado a que grupos económicamente pudientes que se creían adalides del catolicismo se sientan como abandonados por la Iglesia que según ellos habría dejado su misión espiritual" (42).

"Todo ello ha producido tensiones y conflictos dentro y fuera de la Iglesia" (903). Y sin embargo no es el conflicto lo que busca la Iglesia aunque lo encuentre inevitablemente en su camino. Muy por el contrario ella está convencida de que "trabajar por la justicia, por la verdad, por el amor y por la libertad, dentro de los parámetros de la comunión y de la participación, es trabajar por la paz universal" (Mensaje).

Es indicativo del cambio de actitud el hecho de que la Iglesia, que tantas veces a lo largo de su historia ha clamado por sus propios privilegios, condenando a quienes se los arrebataban, tome en Puebla una postura tan distinta. La única vez que habla de derechos propios es para decir: "exigimos para la Iglesia también el derecho de dar testimonio de su mensaje y de usar su palabra profética de anuncio y denuncia en sentido evangélico, corrigiendo las imágenes falsas de la sociedad incompatibles con la visión cristiana" (973).

CONCLUSION

"Sin duda falta mucho por hacer para que la Iglesia se muestre más unida y solidaria" (51), reconocen los mismos Obispos.

A pesar de la fuerza expresiva de las declaraciones recogidas, éstas se pierden en el conjunto. Muchos capítulos golpean por sus silencios llamativos o adormecen con sus banalidades etéreas.

Aún las denuncias mencionadas tienen que pasar además por su prueba de fuego. Falta saber si serán mantenidas cuando —al regresar a los propios países— queden confrontadas con situaciones concretas de injusticia.

Por fin, es evidente que varias de las ideas contenidas en el resto del Documento bloquean de hecho las posibilidades del cambio de estructuras que se propone en otras partes como única solución. La eliminación cuidadosa de la palabra socialismo, el pavor a utilizar un análisis de la realidad que se salga de los esquemas propuestos por el sistema dominante, y la condena indiscriminada de todo tipo de violencia, llevarían a la larga a un callejón sin salida.

Ante tal situación sólo se puede continuar de dos maneras: abandonando la lucha por los derechos humanos para no caer en la frustración y el desengaño, o profundizando en el análisis de las causas y remedios de la opresión y obligándose con ello a emprender un nuevo camino.

La trayectoria que ha seguido la Iglesia Latinoamericana en estos diez años que van de Medellín a Puebla permite esperar que, más tarde o más temprano, se acabará por optar por la segunda alternativa.

UN COMPROMIS

Estamos contentos con los documentos de Puebla. Abarcan la complejidad de la situación actual, la asumen desde un compromiso solidario con los más necesitados y desde ahí tratan de comprometerse en una renovación profunda de la Iglesia y del continente.

Pero los documentos de Puebla son más largos que los de Medellín. A ratos apasionantes, otras veces abstractos o reiterativos; a veces se enredan en sutilezas escolásticas, en tanto que otras páginas son apenas mera repetición de cosas con-sabidas. No se pueden leer como se lee un texto de un solo autor. Ellos son el producto de una transacción. Sólo así se los comprenderá adecuadamente.

Pero entonces surge la pregunta ¿Cuáles son las fuerzas que transan en Puebla? ¿Por qué transan? ¿Por qué es Puebla un compromiso, una unidad plural, y no una ruptura ni una uniformización rasante?

Nuestra propuesta de lectura de los documentos de Puebla parte de la existencia de tres tendencias o proyectos pastorales en el cristianismo latinoamericano. Los tres estuvieron presentes en Puebla; y damos fe, por haber conocido todas las redacciones y participado en los trabajos, de lo laborioso que fue el acuerdo. Y también testificamos que lograr un acuerdo fue la meta de la gran mayoría.

Desde esta perspectiva trataremos de leer el documento en relación con quienes lo produjeron, que no fueron personas aisladas sino gente comprometida con un determinado proyecto pastoral y por lo tanto representativa de él.

TRES TENDENCIAS EN UNA IGLESIA

En la Iglesia latinoamericana el sustrato vivo hasta hoy es la cristiandad colonial. Sobre este sustrato operan tres proyectos pastorales.

Un primer proyecto, prolongación

El presente artículo ha sido elaborado para la revista Nueva Sociedad No. 41, Marzo-Abril 1979. A su gentileza debemos la publicación en SIC. (N. de la R.)

PEDRO TRIGO

del correspondiente europeo aunque con características propias, es el de Restauración de la Cristiandad. La Cristiandad vendría caracterizada por la unanimidad católica: la pertenencia social y la pertenencia eclesial son coextensivas. Los ritos de socialización —nacimiento, pubertad, casamiento y muerte— revisten una forma religiosa, así como también las fiestas locales y nacionales. El Estado es confesional y protector de la religión, así como la Iglesia es un rango de la sociedad civil y desempeña funciones de legitimación política.

Como resultado conjunto de la Ilustración y de la Emancipación la vieja Cristiandad de las Indias Occidentales se encontraba a mediados del XIX en proceso de desintegración. En las últimas décadas de este siglo se inicia la recuperación que alcanzará su apogeo en los años cincuenta. El sujeto de este proyecto es la institución eclesiástica; por lo tanto se trata de fortalecerla por la creación de parroquias, seminarios, colegios, acción católica y círculos católicos obreros. La recristianización vendría al ocupar la religión la mayor cantidad de espacio público y de tiempo libre, es decir al cristianizar el ambiente. Procesiones, peregrinaciones, devociones y obras de caridad serían las expresiones más características de este proyecto.

Por los años treinta se inicia en Latinoamérica un nuevo proyecto pastoral. Brotaría de los colegios católicos y es expresión del proceso de modernización que se operaba en el continente. Comprendiendo y aceptando desde una comprensión cristiana el proceso de secularización, se propone crear una Nueva Cristiandad. La novedad consistiría en que el sujeto del proyecto no sería ya la institución eclesiástica sino los laicos promovidos; porque la cristianización del ambiente no consistiría ya en la multiplicación de manifestaciones religiosas sino en la impregnación de los valores evangélicos. El cristianismo se expresaría, pues, ante todo no en formas religiosas sino seculares: en el mundo del trabajo, de la política, de la cultura. Su principio inspirador sería la

Doctrina Social de la Iglesia. Este proyecto quedaría asumido por la Iglesia latinoamericana al más alto nivel cuando la Asamblea Extraordinaria del Episcopado Latinoamericano reunida en Mar de Plata (1966) proclamó que el proyecto pastoral de la Iglesia latinoamericana consistiría en colaborar con todas sus fuerzas al desarrollo integral del continente. Eran los años de la Alianza para el Progreso.

Pero el reformismo de los años sesenta se agotó rápidamente. No pudo colmar las expectativas populares que suscitó. Al fin de la década a las democracias liberales habían sucedido en muchos países regímenes populares o dictaduras militares. Muchos agentes pastorales comprometidos en la promoción popular se convencieron por experiencia propia de que en el continente imperaba la violencia institucionalizada por el injusto dominio de un grupo social sobre los demás y por la dependencia imperialista. Era una situación de pecado y el Espíritu liberador de Jesucristo tenía que luchar contra ella, so pena de vaciar a la religión de significado real.

Estos análisis fueron asumidos por la Segunda Asamblea General del Episcopado Latinoamericano reunida en Medellín en 1968. Como proposición pastoral se asumió ayudar al pueblo a crear sus propias organizaciones de base y a nivel eclesiástico las comunidades cristianas de base. En Medellín se expresó este proyecto pastoral que podríamos llamar de Liberación Integral.

DE MEDELLIN A PUEBLA

¿Qué había pasado? El proyecto de Nueva Cristiandad se alió con el de Liberación para desplazar al de Restauración. Por la coyuntura sociopolítica y la situación de los movimientos cristianos, el movimiento liberador emergente fue el que redactó los documentos más significativos, sobre todo el de Paz y el de Pobreza. Pero el de Nueva Cristiandad fue el que los limó y asumió el control. No es necesario insistir que esto no tiene nada que ver con conspiraciones sino que pretende expresar el resultado objetivo de un movi-

miento histórico y de una correlación de fuerzas.

De Medellín a Puebla lo más significativo de la Iglesia latinoamericana es el afianzamiento y la profundización del proyecto de Liberación Integral. Aún es ciertamente minoritario, pero ha logrado movilizar al cristianismo latinoamericano y cambiar su imagen pública. Aunque este desplazamiento, este cambio de solidaridades no se ha llevado a cabo sin un alto costo social. Por una parte celos de los poderes establecidos y aun hostigamiento y hasta persecución y asesinatos por parte de los regímenes de la Seguridad Nacional. Por otra un distanciamiento creciente en el seno de la misma Iglesia. No se trata en nuestro continente de la división entre institución y carisma, ya que aquí la divergencia atraviesa a la misma institución.

En vísperas de la reunión de Puebla la correlación de fuerzas no era nada clara. Por una parte el proyecto de Nueva Cristiandad, mayoritario, encuentra muy poco espacio histórico para expresarse: la situación sociopolítica deja escaso margen para la promoción popular y la reforma de las estructuras para la justicia social. Por otra los gobiernos conservadores y aun represivos del continente casi unánimemente se proclaman protectores de la Iglesia y promotores de la "sociedad occidental y cristiana". Su propuesta es halagadora para el proyecto de Restauración de la Cristiandad, que sin embargo no puede menos de resentir la depauperación del pueblo y la sistemática violación de los derechos humanos. Sin embargo también anotan, por efecto de la situación desesperada, un aumento de religiosidad y un aumento de clientela para la probada capacidad asistencial de la Iglesia. Para este proyecto los gobernantes, aun con reparos, son interlocutores válidos. El proyecto de Medellín va ganando nuevos adeptos. Lo más notable por su organicidad y su peso es la Iglesia brasilera que no sólo a nivel de declaraciones sino a nivel organizativo ha avanzado cualitativamente en el compromiso popular. Pero por todo el continente florecen los grupos populares y nuevos obispos se incorporan a esta pastoral de liberación integral.

UNA BANDERA DISCUTIDA (Lc. 2,34)

¿Qué se debatía en Puebla? Sin duda el problema de fondo era Medellín. Y la causa: la ruptura que implica con la situación establecida, y su consecuencia: la transformación de la Iglesia, la pérdida de sus privilegios y de su puesto de honor en la actual estructura social.

La Secretaría del CELAM y la Pontificia Comisión para América Latina (CAL) que controlaron la preparación de la Asamblea quisieran sin duda promover en Latinoamérica el proyecto de Nueva

Cristiandad, pero, por la situación socio-política y la misma correlación de fuerzas en el interior de la Iglesia, cedieron en no pocos aspectos al proyecto de Restauración. Su enfermizo antimarxismo, incluso antisocialismo y el temor a perder el control en el interior de la Iglesia si cundía la movilización de sus bases los llevó a implementar una política claramente discriminatoria, incluso represiva para con el proyecto de Liberación Integral.

Sin embargo este proyecto no pudo ser desautorizado, tanto por el solemne espaldarazo que recibiera en Medellín cuanto porque en él militan muchos jerarcas y es socialmente patente, a pesar de riesgos y posibles desviaciones, su inspiración evangélica. Desautorizarlo sería en cierto modo privar de legitimidad a la institución eclesiástica. La sangre de tantos mártires clama con una libertad y poder suscitador incontenibles. Además la propia presidencia del CELAM está en manos de un cardenal insobornable que representa la voz inconfundiblemente evangélica del episcopado brasileño, maduro ya en este compromiso con el pueblo.

De todos los modos los dos más claros baluartes del proyecto de Liberación Integral, la Confederación Latinoamericana de Religiosos (CLAR) y los teólogos de la liberación, fueron objeto sistemático de sospechas y ataques y fueron cuidadosamente marginados de la preparación oficial de la Asamblea. El resultado de esta discriminación fue un Documento de Consulta casi universalmente criticado por sus escandalosas omisiones, por su proposición desarrollista, encubridora de la injusticia estructural del continente, y por su tendencia a sustituir los conflictos reales por conflictos ideológicos.

No sólo fueron los innumerables documentos de las bases quienes establecieron estas críticas. También las conferencias episcopales insistieron unánimemente en que el problema central no era el secularismo sino la pobreza, la extrema necesidad y la injustificable y creciente brecha entre los pocos ricos y los pobres innumerables.

De este modo se llegó a Puebla sin haber podido establecer un documento de base ni un reglamento de trabajo. Si bien los religiosos habían sido privados de voto —en Medellín lo tuvieron— y en la Asamblea en calidad de invitados habían sido introducidos prominentes conservadores tanto de la curia romana como de otras partes de la cristiandad e incluso de nuestro propio continente, la correlación de fuerzas hacía impredecible el resultado de la Asamblea.

¿Qué pasó en Puebla? La primera redacción de los documentos respondía en gran parte no sólo al proyecto de Nueva Cristiandad sino más aún al de Restau-

ración de la Cristiandad. Pero su contenido era tan pobre que los obispos más responsables se asustaron. Tras de proclamar el carácter histórico del encuentro y sembrar una alta expectativa no podía defraudarse ni a la Iglesia ni a la opinión pública. De ahí que se llegara a una transacción. Se admitieron contribuciones de los miembros de la Asamblea encuadrados en el proyecto de Liberación Integral y más o menos oficiosamente pasaron a los documentos no pocos aportes de los teólogos de la liberación, que casi en su totalidad se encontraban en Puebla invitados por obispos amigos y en contacto con la CLAR.

El resultado fue un largo documento que, bajo su organicidad formal, aparece profuso, disperso, casi caótico en su pluralismo. Pero eso no lo juzgamos negativo porque en realidad es el resultado de la transacción entre los tres proyectos pastorales. Cualquier otra solución, más coherente en el papel, hubiera resultado sectaria en la práctica. Por eso el documento se abre con esta humilde confesión: "Hermanos, no os impresionéis por las noticias de que el episcopado está dividido. Hay diferencias de mentalidad y de opiniones, pero vivimos, en verdad, el principio de colegialidad, completándonos los unos a los otros, según las capacidades dadas por Dios. Solamente, así podremos enfrentar el gran desafío de la Evangelización en el presente y en el futuro de América Latina".

El texto significa la legitimación de los tres proyectos, asumidos como tendencias, en la unidad no uniforme sino complementaria de la única Iglesia. Se confiesa que sólo asumiendo la diversidad como riqueza y no como mal a suprimir podrá encararse el reto de la misión actual de la Iglesia en Latinoamérica. Pero esto no significa ni para la asamblea ni para después una convivencia idílica.

DEFENDER EL DEPOSITO RECIBIDO

¿Cómo se distribuyen estas tendencias en el documento?

Ante todo el proyecto de Restauración de la Cristiandad obró muy activamente a lo largo de la Asamblea imponiendo a ésta una drástica autocensura. No se trata de falta de libertad formal o de expresión pública sino de que un saludable realismo llevó a los representantes de los otros dos proyectos y sobre todo del de Liberación a callarse muchas cosas y a utilizar un lenguaje lo más asimilable posible. El proyecto de Restauración de la Cristiandad estaba empeñado, secundado por algunos representantes del de Nueva Cristiandad, en condenar la infiltración marxista en la Iglesia, incluso la cautelosa utilización del método de análisis marxista, así como a la Iglesia popular y el que

llamaban "magisterio paralelo" de los religiosos y los teólogos de la liberación.

Lograron condenar una tipificación del marxismo que el documento llama clásico (210) o histórico (51) caracterizado como colectivismo marxista. Naturalmente que tal marxismo no tenía ningún defensor ni dentro ni fuera de la Asamblea. De lo demás, nada; sólo un inciso en que el "magisterio paralelo" no aparece como realidad sino como peligro a evitar (532). A los teólogos se les reconoce (532) y, como veremos, en muchos lugares se alaba a la Iglesia que nace de la fe del pueblo (134,323,338,162). Sin embargo un texto interesante del documento de consulta que describía a un socialismo no incompatible con el cristianismo (D.C. 772) ni se mentó en la Asamblea. Parecida suerte corrieron otros dos textos sobre organizaciones populares (D.C. 818,847) que mantenían vivo el espíritu de Medellín.



Los representantes del proyecto de Restauración de la Cristiandad, sintiéndose guardianes de la ortodoxia, se concentraron en los documentos de carácter doctrinal: Jesucristo y la Iglesia. Podían haber resultado unos textos conservadores pero profundos. Desgraciadamente el primero es más bien insulso y el segundo claramente preconiliar. No es un tratado sobre la Iglesia sino una jerarcología que hace una trasposición teológica de los modelos arcaicos de la familia patriarcal (superado en el esquema de la familia) y la sociedad "ancien régime". Una verdadera obsesión de este proyecto es el subrayar en multitud de textos la necesidad de la comunión jerárquica. No captan que en Latinoamérica no se da de ningún modo —como tal vez sí se dé en el primer mundo— un rechazo a la institución o a la jerarquía. Tan sólo se cuestiona un modo concreto, juzgado como no evangélico, de ejercerla. ¿Quién no admitirá en Lati-

noamérica la imagen de pastor que se diseña, por ejemplo, en el documento sobre el ministerio jerárquico (507-563)?

Otra presa suya fue el texto sobre las comunidades de base. A él se apuntaron, cargados de prevenciones, destacados conservadores del Vaticano y de Latinoamérica. Sin embargo su desconocimiento del tema era tal que la Asamblea recomendó elaborar otro texto en el que sí se incluyó una abierta aprobación de estos grupos cristianos populares —sólo en Brasil hay unos noventa mil— “como hecho eclesial particularmente nuestro y como esperanza de la Iglesia” (477).

En congruencia con este proyecto estarían también algunos textos del documento sobre evangelización y cultura que relieván los santuarios y las concentraciones masivas como lugar privilegiado para la evangelización. Todos los proyectos pastorales reconocen el alto poder de convocación que conserva la Iglesia en Latinoamérica y la propicia ocasión que para evangelizar constituyen las fiestas. Pero se sabe que, salvo excepciones, estos lugares permanecen apegados a un conservatismo bastante rutinario.

OPTAR SOLO POR EL HOMBRE (410)

El proyecto de Nueva Cristiandad, que creemos sigue siendo el dominante, acaparó los textos sobre ideologías y se expresó ante todo a lo largo del documento como relanzamiento de la Doctrina Social de la Iglesia, que ahora más modestamente recibe el nombre de Enseñanza. El documento pretende reiteradamente que la D.S.I. está por encima de las ideologías porque no estaría elaborada por un sector social particular y por eso podría representar el bien común y servirse de las ideologías a la vez que criticar su particularismo (247,388,399-400,410,411). A este proyecto pertenece la insistencia, también de corte idealista, en los valores, y en general el tono ideologizado que tantas veces cobra el texto.

Una característica, que permea sistemáticamente todo el documento, sería la simetría omnipresente: ni materialismo liberal consumista ni colectivismo marxista. Creemos sin embargo que el tercerismo de este proyecto estaría atenuado al insistirse en que la D.S.I. no propone un sistema sociopolítico (971,399,411) sino que contiene una serie de prerrequisitos que tendría que tener cualquier sistema para no ser incompatible con la antropología cristiana y la misión de la Iglesia de encaminar la creación y la historia a su destino trascendente.

De todas las maneras a este proyecto pertenece la insistencia, que comparte el de Liberación Integral, del carácter público del cristianismo. El texto es sumamente vigoroso: La Iglesia critica “a quie-

nes tienden a reducir el espacio de la fe a la vida personal o familiar, excluyendo el orden profesional, económico, social y político, como si el pecado, el amor, la oración y el perdón no tuviesen allí relevancia” (381). “En efecto, la necesidad de esta presencia de la Iglesia en lo político, proviene de lo más íntimo de la fe cristiana” (382).

Los textos pertenecientes a este proyecto intentan canalizar esta acción política hacia la “promoción integral” (84). Se subraya que esto ha causado en algunos la impresión de que la Iglesia con este compromiso con los sectores desposeídos “deja de lado a las clases pudientes”. Sin embargo a lo largo del documento hay constantes toques de atención acerca del carácter interclasista —sus autores dirán supraclasista— de la Iglesia. Por eso se habla de la opción preferencial, que quiere decir no exclusiva, con los pobres. Y se procura evitar toda conflictividad. Por eso se habla constantemente de participación y comunión. Y se condena indiscriminadamente toda violencia.

De un modo general el proyecto mayoritario de Nueva Cristiandad ha obrado en los textos evitando por una parte las condenaciones que pretendía el proyecto de Restauración, pero por otra impidiendo que los análisis del proyecto de Liberación se tradujeran en sus proposiciones correspondientes.

NOS SITUAMOS EN EL DINAMISMO DE MEDELLIN (15)

Creemos que el proyecto de Liberación Integral, que entraba en la Asamblea casi en calidad de acusado, salió de ella con la puerta abierta. En esta Asamblea, con diez años de retraso, adquiere carta de ciudadanía Medellín. En realidad el plazo no es largo ya que se trata del lanzamiento de un proyecto histórico.

Hay que recalcar como hecho altamente positivo el que la Asamblea haya valorado repetidamente el carácter evangélico de este camino recorrido, camino que ha costado tantas veces conflictos, persecuciones y hasta la muerte (96,51,167,512,46,575-76). No ha sido imprudencia ni menos desviación sino “conciencia de la misión evangelizadora de la Iglesia” (51).

Los dos documentos más característicos de Medellín, el de la Realidad Latinoamericana y la Paz, y el de la Pobreza de la Iglesia son retomados aquí de un modo expreso: “Nos situamos en el dinamismo de Medellín, cuya visión de la realidad asumimos y que fue inspiración para tantos documentos pastorales nuestros en esta década” (15). “La III Conferencia Episcopal Latinoamericana vuelve a tomar, con renovada esperanza en la fuerza vivificante del Espíritu, la posición de la

Conferencia de Medellín que hizo una clara y profética opción preferencial y solidaria por los pobres” (897).

Pues bien, los documentos correspondientes de Puebla suponen un claro avance sobre Medellín. Lo que allá fueron intuiciones desarticuladas, casi puros slogans son aquí análisis minuciosos, sistemáticos y coherentes, concepción teológica madura y opción verdaderamente orgánica. Creemos que ambos documentos, completados por el de Acción con los Constructores de la Sociedad Pluralista y con el de Acción por la Persona en la Sociedad Nacional e Internacional, son base teórica adecuada y autorizada para que el proyecto de Liberación Integral circule en la Iglesia Latinoamericana con plena carta de ciudadanía. Ya no podrá hablarse de intuiciones apresuradas y carentes de seriedad científica y cualificación teológica.

De un modo indirecto se ha convalidado también al grupo de teólogos y científicos sociales comprometidos con el proyecto de Liberación, ya que ellos, unidos a sus Obispos, han estado a la base de estos documentos.

Entre los elementos adquiridos que recorren todos los textos, se encuentra la consideración de la pobreza como el Hecho Mayor, su carácter estructural, la situación de pecado en que se encuentra por eso el continente —la frase del Papa “estructuras de pecado” se halla recogida varias veces—, la gravedad mayor de este pecado dada la condición culturalmente cristiana del continente y la necesidad por eso de convertirse y simultáneamente cambiar las estructuras.

La opción preferencial por los pobres no es sólo el contenido de un documento. El inciso “sobre todo los más pobres” se repite tan profusamente que da el tono al documento.

Por lo discutidas y por ser el sujeto principal del proyecto de Liberación Integral tiene especial importancia la aprobación entusiasta de las comunidades eclesiales de base, señaladas “con alegría, como importante hecho eclesial particularmente nuestro y como esperanza de la Iglesia” (477; Cfr. 56-9,65,90,139,160-1,172,488-91,496,1069...).

La CLAR ha salido de Puebla plenamente justificada, tanto que entre los signos de esperanza y alegría con que se cierra el documento se cita “la acción pastoral comunitaria intensa de los religiosos y de las religiosas en las zonas más pobres” (1069), acción cuya máxima promotora es precisamente la Confederación Latinoamericana de Religiosos. El documento que se dedica a los religiosos es francamente entusiasta y tendrán que estar muy agradecidos a la Asamblea por esta calurosa confirmación de su línea de compromiso popular.

Nos llena de alegría el que la Asamblea proponga a la Iglesia Latinoamericana "revisar sus estructuras y la vida de todos sus miembros, sobre todo de los agentes de pastoral, con miras a una conversión efectiva" (922).

Ha sido una pena el que los documentos doctrinales resulten tan poco inspiradores. Sin embargo hay que reconocer que hay una muy buena teología funcionando aquí y allá en los otros textos. Es la que afirma que "todo aquello que afecta a la dignidad del hombre hiere, de algún modo, al mismo Dios" (Mensaje). La que nos invita a todos a asumir la causa de los pobres como "la causa del mismo Cristo" (Id.). La que nos insta a un amor-de-justicia porque hoy y aquí en Latinoamérica no es posible amar a Dios "sin comprometerse a nivel personal, y en muchos casos incluso a nivel de estructuras, con el servicio y promoción de los grupos humanos y estratos sociales más desposeídos y humillados, con todas las consecuencias" (224). Y tantos otros.

Hay textos agudos como el que desenmascara el carácter conservador de muchos antimarxismos: "el temor del marxismo impide a muchos enfrentar la realidad opresiva del capitalismo liberal. Se puede decir que, ante el peligro de un sistema de pecado, se olvida de denunciar y combatir la realidad implantada de otro sistema de pecado. Es preciso dar toda atención a éste, sin olvidar las formas históricas del Marxismo, ateas y violentas" (51). Aquí se rompe la simetría: el capitalismo es una realidad, el otro un peligro. Y aun el documento sobre ideologías y política, tan ideologizado él mismo, tras una condena de las formas históricas del marxismo, pide discernimiento a los que militen en movimientos históricos nacidos de esas ideologías y que no pueden identificarse con ellas en la medida en que pueden ser influenciados en su evolución. Siguiendo a la *Pacem in Terris* y a la *Octogesima Adveniens* expresa que "el compromiso de los cristianos les plantea ciertas exigencias de fidelidad perseverante, que facilitarán su papel evangelizador" (412).

Podrían destacarse numerosos textos en que este proyecto de Liberación Integral tiene en el documento de Puebla una expresión adecuada. Pero queremos mencionar más bien lo que este proyecto encuentra insuficiente: Sería sobre todo una condena más explícita y concreta a los Sistemas de Seguridad Nacional (sin embargo las dos cartas que un nutrido grupo de obispos dirigieron a los obispos de Nicaragua y al arzobispo de San Salvador, transidas de emoción solidaria, suplieron en parte esta omisión). Una condena más pormenorizada al papel de las burguesías latinoamericanas como responsables de

las estructuras de pecado. Una puerta más franca —ya lo está, pero no con la claridad deseable— para soluciones no capitalistas que tengan como base al pueblo oprimido y a los que se solidaricen con él. Y un apoyo más expreso a las organizaciones populares, sujetos de este proyecto. La asamblea rechazó —con 56 votos en contra— una alabanza a la teología de la liberación; nos hubiera gustado que hubiera pasado, pero nos basta con que no haya sido condenada y sobre todo con que funcione ampliamente en los textos.

UN BALANCE ALENTADOR

Como principio fundamental de interpretación hay que leer estos textos en el contexto sociopolítico y eclesial. Respecto del primero es de sobra conocida la crisis económica mundial que ha impuesto el encuadramiento rígido de bloques y los Estados autoritarios para afrontar la crisis de hegemonía que confrontan las burguesías y que se transforma en crisis de Estado. En esta situación la estrategia que propone la Iglesia latinoamericana en Medellín es la contestación global al sistema ya que se basa en el fomento de la participación popular tanto a nivel de organizaciones populares como, por lo que respecta a la Iglesia, mediante las comunidades de base. Por otra parte la crítica frontal al sistema capitalista, de generalizarse, priva a éste en Latinoamérica de sustento ideológico. De ahí la ofensiva de USA y los gobiernos contra los sectores de la Iglesia que entraron por esta línea. Pero además esta opción pastoral obligaba a la Iglesia a una reestructuración total. Lo que, como hemos visto, no fue compartido por la generalidad de la institución eclesiástica.

De ahí, la expectativa sobre esta reunión. Los 3500 periodistas que se inscribieron para cubrir el evento revelaban que no era éste un acontecimiento regional ni intraeclesial. La manera como la prensa manipuló la visita del Papa y le inventó la condena a la teología de la liberación lo confirma, así como también la distorsión sistemática que las agencias de noticias operaban sobre el desarrollo de la asamblea. Estos intereses se inventaron un CELAM paralelo y persiguieron encarnizadamente a los obispos cuadrados con Medellín y a los teólogos de la liberación tratando de provocar en ellos rupturas y resentimientos que estaban muy lejos de sentir. Un diario de Puebla lo manifestó ingenuamente cuando estampó este titular en primera página: "La teología de la liberación dañina a la empresa".

En este clima de enormes presiones exteriores y tensiones internas surgieron estos documentos. Y desde esta situación hay que leerlos. Muchas expresiones están suavizadas, no se mencionan regímenes

concretos. Pero se asume Medellín y se asume desde las experiencias dolorosas de estos diez años, se asume, pues, a plena conciencia. Y ahora se tiene más plena conciencia de las estructuras de pecado y se pide reiteradamente un cambio de estructuras. Se condena nítidamente al liberalismo capitalista (26,209,403); la tecnocracia (20,27,212); la Seguridad Nacional (23,26,211,393,407-8,1023); se asume la teoría de la dependencia (36,293,302,372,1025-26); se continúa hablando de liberación (15,102,108,195,354,356,358,373,849)...

Es cierto, ya lo hemos señalado, que hay documentos retrógrados, y otros de compromiso, completamente insulsos. Pero es mucho lo bueno que hay. Sobre todo se mantiene la opción de Medellín. Eso basta.

Resumiendo podríamos decir que en los fautores del proyecto de Restauración de la Cristiandad privó la preocupación porque no se desvirtuara la religión recibida y reaccionaron ante el peligro imaginario o real de vaciamiento de la fe por causa de la secularización y el compromiso político. Es sana y conveniente para la Iglesia esta preocupación por conservar y transmitir intacto el depósito de doctrina, vida y tradiciones recibido. Tal vez faltó en este proyecto penetración para discernir las corrientes eclesiales emergentes y dialecticidad para idear proposiciones que mantengan lo esencial innovando.

Es explicable y admisible que los representantes del proyecto de Nueva Cristiandad, siendo mayoritarios, se sientan responsables de la unidad y traten de evitar conflictos colocándose en una vía media. Es sano para todos el que a la condenación del capitalismo vigente se siga la condenación de formas históricas de entender el marxismo que ciertamente han sido colectivistas, dogmáticas y ancladas en un craso materialismo decimonónico. Sin embargo el temor al conflicto puede convertirse en neurosis paralizante y el temor excesivo a las ideologías puede conducir a un ideologismo latente, y por eso imposible de discernir, que puede desembocar en un verdadero integrista de centro.

Quienes entraron en el proyecto de liberación tuvieron buen juicio para no caer en las provocaciones de la prensa y de algunos elementos de la asamblea, que pretendieron involucrarlos, para desautorizarlos, en estereotipos inadmisibles. Ellos se atuvieron a lo esencial e hicieron reconocer su legitimidad cristiana. Uno hubiera querido algo más. Pero es sano para una corriente emergente el que crezca contrastada; así el necesario cuidado la ayudará a madurar y a fecundar a su paso a toda la Iglesia. □